

Pueblo: Aónikenk (Tehuelche)

La reconstrucción histórica del pueblo tehuelche, sus modalidades organizativas y sus estilos culturales están actualmente en proceso de revisión por parte de los estudiosos y de revitalización por parte de sus descendientes. Se trata de un caso notable, ya que este pueblo y los colonizadores mantuvieron contactos muy tempranos, que se hicieron especialmente frecuentes a partir del siglo XVIII, cuando comenzaron a ser registrados en los documentos de época y, a través de estos escritos, se acumuló información variada –y a menudo contradictoria– sobre sus formas de vida.

Incluso el propio término “tehuelche” pudo haber sido históricamente impuesto por otros pueblos, pero tal vez no fue la denominación que este pueblo adoptó para sí. Se cree incluso que, bajo el término “tehuelche”, se designaba a grupos con cierto parecido en algunas de sus costumbres o de su lengua, no obstante manifestar también diferencias entre sí.

En términos generales existe algún acuerdo en reconocer que, dentro de este pueblo de cazadores de pequeños animales y de recolectores de semillas, se distinguían los tehuelches del norte (que algunos llaman “gununa kena”) de los tehuelches del sur (que llaman “aónikenk”) siendo algún punto medio en la actual provincia del Chubut la vaga y porosa frontera que distinguía a unos de otros.

Quizás la clave para comprender tantas dudas en relación con el pueblo tehuelche se relaciona con el contacto, directo o indirecto, con las poblaciones creadas por el blanco y con otros grupos indígenas que comenzaron a redefinir sus territorios, precisamente, con la aparición de este nuevo tipo de comunidad. Es decir, se trata de un pueblo que estuvo sometido, casi desde su génesis, a fuerzas que modificarían su hábitat, sus estilos de vida y sus relaciones con otras poblaciones en un proceso muy dinámico, cuyo momento de ruptura dramática se da ya avanzado el siglo XIX, en ese acontecimiento llamado la Conquista del Desierto. Aunque esta no fue la única expedición militar hacia el sur, tierra de tehuelches y de mapuches, tuvo un efecto catastrófico para la vida de estas poblaciones y para su resistencia cultural.

Mientras pudieron mantener sus formas organizativas propias, los pueblos denominados como tehuelches se caracterizaron por un gran conocimiento de su medioambiente en el variado paisaje de la Pampa y la Patagonia. Eran cazadores consumados de las especies autóctonas de la región, como el guanaco, y sus movimientos en el espacio obedecían en parte a los ciclos de trashumancia de estos animales, así como también a los ciclos de maduración de plantas silvestres, cuyas semillas, raíces y tallos consumían de las más variadas maneras.

Los grandes grupos que reconocían las mismas jefaturas se distribuían en territorios delimitados, aunque esas fronteras no impedían la comunicación con otros y los intercambios de bienes. En algún momento de su historia, estas jefaturas se volvieron hereditarias por vía paterna, aunque hay indicios de que el liderazgo era compartido y que los jefes únicos aparecieron como consecuencia de las modalidades de relación con los representantes de las autoridades blancas, lo

que da cuenta de ese proceso de cambio creativo y dinámico que parece haber caracterizado a la cultura tehuelche hasta nuestros días.

La incorporación del caballo, a partir de las grandes tropillas de animales cimarrones que fueron reproduciéndose en el norte de su región, tuvo también importancia en la modificación de su modo de vida. No solo les permitió desplazarse largas distancias en menos tiempo, sino que se convirtió en un importante elemento de cambio con otros pueblos y en un factor de poder para los jefes o quienes aspiraban a serlo, ya que la posesión de caballadas numerosas indicaba el prestigio de su propietario.

Durante mucho tiempo los textos de divulgación han sostenido que los tehuelches eran nómades y que vagaban errantes por la Pampa y la Patagonia sin rumbo fijo, razón por la que dependían exclusivamente de la caza del guanaco, primero, y del robo de las haciendas de vacunos, lanares y caballos después. Estas afirmaciones se basan en una serie de ideas preconcebidas: por un lado, durante mucho tiempo las teorías sociales e históricas daban por supuesto que el estilo de vida nómade y errante era sinónimo de atraso y barbarie en contraposición con el sedentarismo y la vida en aldeas y ciudades. Se ignoraba que la organización de las sociedades de cazadores supone un conocimiento muy profundo y sutil del comportamiento de las especies animales, del espacio por el que se trasladan y de los fenómenos naturales que inciden en su comportamiento, así como de la organización tecnológica y humana necesaria para explotar estos recursos.

Sin embargo, estos datos fueron muy útiles para los primeros viajeros y científicos que recorrieron la región analizando sus recursos naturales y diseñando mapas para su explotación posterior. Avanzado el siglo XIX, el explorador científico Ramón Lista, por ejemplo, fue un gran admirador de la cultura tehuelche y llegó inclusive a formar familia con su esposa tehuelche en el sur, donde se instaló mientras realizaba sus estudios y exploraciones. Es también el caso del perito Francisco P. Moreno, a quien los tehuelches prestaron auxilio y protección (es muy patético el destino de su protector y amigo, el jefe tehuelche Inacayal quien, tomado prisionero tras las campañas de exterminio del general Roca, terminó sus días junto con su familia en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, fundado y por entonces dirigido por el propio Moreno).

También se ha afirmado que los tehuelches eran auténticamente argentinos por contraposición a los mapuches, de quienes se sostuvo que eran chilenos y que sus territorios se ubicaban del otro lado de la Cordillera. A medida que se avanza más en el conocimiento y relectura de los documentos históricos, estos argumentos están siendo abandonados. Por el contrario, ambos pueblos se movilizaban a ambos lados de la cordillera de los Andes antes de que esta constituyera el límite fijado para las fronteras nacionales de ambos países.

Por otro lado, comienza a comprenderse que los tehuelches tenían una gran movilidad territorial, incrementada con la aparición de las caballadas como bien de prestigio, cambio y movilidad geográfica, y que los contactos e intercambios con los mapuches fueron progresivamente intensos y activos hasta sellarse con las alianzas

guerreras que, entrado el siglo XIX, establecieron frente al enemigo común que pretendía ocupar sus territorios.

La derrota militar y cultural de los tehuelches los confinó a espacios territoriales cada vez más pequeños y, como los restantes pueblos originarios, los obligó a silenciar su lengua y a ocultar en muchos casos a sus antepasados indígenas. En la actualidad este proceso se está revirtiendo y, actualmente, son más de diez mil los argentinos que conocen ese origen y que intentan revivir sus tradiciones, sus cantos y su lengua transmitiéndoles a las nuevas generaciones el sentimiento de orgullo por su identidad.

Asesora: Ana María Gorosito Kramer

<http://pueblosoriginarios.encuentro.gov.ar>